

»Me gusta este país..., es grande. No hay tanta gente en él como en América. Seguro que prosperará. Hablé de esto con Adrian y me parece que compraré una hacienda cerca de Bloemfontein y empezaré a criar ganado. En una finca grande y tranquila, de diez mil acres. También podría seguir allí con mis inventos. Creo que venderé Zigler. Ofreceré los derechos de patente al Gobierno británico, y si se limitan a decir «¡qué interesante!», lo cederé al capitán Mankeltow y a su amigo el lord. Estos no tardarán en encontrar algún Gus-sie o Teddie o Algie que hagan que sea aceptado por el sector competente. Empiezo a conocer a mis ingleses.

»Y ahora me iré a nadar, y leeré los periódicos después del almuerzo. No lo había pasado tan bien desde la muerte de Willie.»

Empezó a quitarse la camisa azul, pasándola por encima de la cabeza, mientras volvían los bañistas en busca de sus montones de ropa, y, hablando a través de los pliegues, añadió:

—Pero si uno quiere realizar su activo, lo mejor que puede hacer es ceder el negocio a América por noventa y nueve años.

Bajo la presa del molino (1902)

—«*Book-Book-Domesday Book!*» (1) —Habían soltado el agua para la molienda de la noche en el molino de Robert, y la Rueda de madera donde vivía el Espíritu del Molino entonó la canción que repetía desde hacía novecientos años—: «Aquí Azor, hombre libre, tenía un pequeño terreno, pero nunca le rindió. *Nun-nun-nuoquam geldavit*. Aquí tenía Reinbert un villano y cuatro colonos con una arada, y madera para seis aserradoras y dos cotos de pesca de seis peniques y un molino de diez chelines —*unum molinum*—, un molino. El molino de Reinbert, el Molino de Robert. Entonces y ahora y siempre —*tunc et post et modo*— el Molino de Robert. *Book-Book-Domesday Book!*»

—Confieso —dijo la Rata Negra, desde la viga, atusándose satisfecha el bigote—, confieso que no exagero al apreciar mi posición y todo lo que ésta significa.

(1) Término con el que se designaba el gran catastro ordenado por Guillermo el Conquistador. (N. del T.)

Era una auténtica y vieja rata negra inglesa, raza que, según las crónicas, disminuye rápidamente ante las incursiones de la variedad parda.

—El aprecio de uno mismo es la señal más segura de insuficiencia —dijo la Gata Gris, enroscada sobre un trozo de saco—. Pero sé lo que quieres decir —añadió—. Estar sentada por derecho en el centro de las cosas, ¿eh?

—Sí —dijo la Rata Negra, mientras el viejo molino se estremecía y las pesadas piedras chirriaban sobre la molinada—. El hecho de poseer... hum... todo lo que nos rodea como parte integrante de la vida cotidiana de uno hace que insensiblemente... ¿Lo comprendes?

—Lo siento —dijo la Gata Gris—. Ciertamente, si nosotros no estamos saturados del espíritu del Molino, ¿quién podría estarlo?

—«*Book-Book-Domesday Book!*» —La Rueda entregada a su trabajo, seguía recitando todo el texto, pues se conocía de memoria el Domesday Book—: *In Ferle tenuit Abbatia de Wiltuna unam hidam et unam virgam et dimidiam. Nunquam geldabit.* Y Agemond, un hombre libre, tiene sesenta acres y una vara. Recuerdo muy bien a Agemond. Un tipo simpático, buen amigo mío. Se casó con una chica normanda en los tiempos en que solíamos mirar a los normandos de arriba abajo, como advenedizos. ¿Está muerto Agemond? Sí que lo está. ¡Ay de mí, ay de mí! Recuerdo como aullaban los lobos delante de su puerta durante la gran helada de mil cincuenta y nueve... *Essewelde Hundredum nunquam geldum reddidit. Book! Book! Domesday Book!*

—A fin de cuentas —siguió diciendo la Gata Gris—, el ambiente es vida. Las influencias bajo las que vivimos son lo que cuenta a la larga. Ahora bien, ahí fuera —y levantó una oreja en dirección a la puerta entreabierta—, existe la absurda creencia de que las ratas y los gatos son, no diré enemigos naturales, pero sí fuerzas contrarias. Esta norma puede ser

cruelmente eficaz (aunque no pretendo un solo instante fijar mis opiniones como definitivas) en las zanjas; pero, desde el punto de vista más amplio que se tiene por vivir en el corazón de las cosas, parece que, como norma de vida, es un poco exagerada. Bueno, porque algunas de tus compañeras tengan, diría yo, opiniones liberales sobre el destino último de un saco de... hum... salvado, según creo que lo llaman...

—Algo así —dijo la Rata Negra, avisado juez de finos dientes de todo lo que se trituraba en el molino desde hacía tres años.

—Gracias, dejémoslo en salvado. ¿Por qué, iba a decir, tengo yo que despedirme y turbar mi digestión persiguiéndote por la polvorienta liza cuando quiera que nos encontremos?

—Eso es tan absurdo —dijo la Rata Negra— como lo es para mí, que me jacto de ser una persona de instintos bastante honrados, esperar a que te marches cuando te llaman y asesinar entonces a tus encantadores hijitos.

—¡Exacto! Pero tiene su aspecto humorístico. —La Gata Gris bostezó—. Al molinero parece fastidiarle mucho. La noche pasada, mientras tomaba el té, me lanzó fuertes y vagas amenazas en el sentido de que no iba a mantener gatos que «no cazaban nada de ratones». Estas fueron sus palabras. Recuerdo que la gramática se me atragantó como una espina de arenque.

—¿Y qué hiciste tú?

—¿Qué hace uno cuando un bárbaro grita? No dice nada y se marcha. Yo me marché... hacia su despensa. Fue una réplica que él debería apreciar.

—Realmente, la gente se está volviendo completamente intolerable —dijo la Rata Negra—. Hay en el pueblo un rufián que responde al nombre de Mangles; un constructor que ha tomado posesión de las dependencias del otro lado de la Rueda durante la última quincena. Ha construido unos cúbicos horrores de ladrillo rojo donde solían estar las deliciosas y pintorescas pocilgas. ¿Te has dado cuenta?

—Ultimamente, ha habido mucha actividad mal dirigida por parte de los humanos. Parlotean sin parar. Todavía no he llegado a comprender la razón de su existencia —dijo la Gata y bostezó.

—Un par de ellos vinieron aquí la semana pasada con alambres y los fijaron alrededor de las paredes. Unos alambres protegidos por una composición abominable y que terminaban en unos brazos de hierro que sostenían unos globitos de vidrio. Absolutamente inútiles y artísticamente odiosos. ¿Qué significan?

—¡Ay! Hay algo en Dinamarca que huele a podrido —dijo la Gata, que congeniaba con los huéspedes que pasaban el verano en la Estancia del Molino—. Sólo significa que los humanos traen ocasionalmente sus perros con ellos. Yo rechazo a los perros en todas sus formas.

—No deberías rechazar a los perros —dijo la Rueda, con voz soñolienta—. El abad de Wilton tenía la mejor jauría del país. Cercó todos los bosques de Harryngton hasta Sturt Common. Aluric, que era un hombre libre, fue desposeído de su tierra. Se siguió un pleito en Lewes, pero el hombre nada consiguió del juez William de Warrenne. William de Warrenne impuso a Aluric una multa de ochenta y cuatro peniques por traición, y el abad de Wilton le excomulgó por blasfemia. Aluric no conocía las reglas del deporte. Entonces, el hermano del abad se casó... He olvidado el nombre de ella, pero era una mujercita encantadora. Tuvo por hija a lady Philippa. Esto fue después de que se confiriese la baronía. Cabalgaba endiabladamente detrás de los podencos. Aquéllos eran un poco más ruidosos que los que criamos en la actualidad, pero constituían una buena jauría, una de las mejores. El abad los mantenía en espléndida forma. Pero ¿quién era la mujer a la que mantenía el abad? Tendré que repasar el Domesday Book a lo largo de los siglos: *Modo per omnia reddit burgum tunc-tunc-tunc!* ¿Era *burgum* o *hundredum*? Lo recordaré dentro de un minuto. No hay prisa.

Se detuvo en mitad de una vuelta, derramando gotas plateadas.

—Eso no vale —dijeron las Aguas en el canal—. Sigue rodando.

La Rueda volvió a girar; las Aguas murmuraron en los canchilones y se vertieron en la oscuridad inferior.

—Hacen más ruido que de costumbre —dijo la Rata Negra—. Sin duda ha estado lloviendo en el valle.

—Tal vez una avenida —dijo la Rueda, como en sueños—. No es la estación apropiada, pero las avenidas llegan sin avisar. Nunca olvidaré aquella tan grande, cuando el molinero se fue a dormir y se olvidó de abrir las compuertas. Fue hace más de doscientos años, pero lo recuerdo claramente. Algo espeluznante.

—Levantamos la Rueda de su eje —gritaron las Aguas—. Dijimos: «¡Llevaos ese cacharro!» Y, por la mañana, estaba a cinco millas valle abajo, colgada de un árbol.

—¡Una vulgaridad! —dijo la Gata—. Pero estoy segura de que nunca perdió su dignidad.

—No lo sabemos. Pero, cuando hubimos acabado con ella, parecía el as de diamantes... ¡Eh, tú, muévete! Sigue rodando. ¡Rueda! ¡Sigue!

—¿Y por qué he de hacerlo hoy más que otro día cualquiera? —dijo soberbiamente la Rueda—. Mi departamento no requiere el estímulo de presiones externas para cumplir sus deberes. Estoy segura de poseer los instintos elementales de un *gentleman*.

—Tal vez sí —respondieron las Aguas, saltando de los canchilones—. Nosotras sólo sabemos que pareces muy rígida sobre tu eje. ¡Gira! ¡Gira!

La Rueda crujió y gimio. Ciertamente, sentía una presión mayor de la que nunca había experimentado, y sus revoluciones habían aumentado de seis y tres cuartos a ocho y un tercio por minuto. Pero el estruendo entre las estrechas y musgosas paredes molestaba a la Gata Gris.

—¿No es hora —dijo en tono quejumbroso— de que la persona que cobra por comprender estas cosas cierre de una vez ese furioso chorreo con esa especie de tornillo que hay encima de la caja?

—Lo cerrarán a las ocho como de costumbre —dijo la Rata—. Entonces podremos irnos a cenar.

—Pero no cerrarán a esa hora, aunque sea tardía —dijeron las Aguas—. Esto seguirá toda la noche.

—La irremediable desfachatez de la juventud es parcialmente compensada con su eterna esperanza —dijo la Gata—. Me satisface decir que nuestra presa no fue construida para proporcionar agua durante más de cuatro horas seguidas. La reserva es vida.

—¡Loado sea Dios! —dijo la Rata Negra—. Entonces pueden volver a sus zanjas nativas.

—¡Zanjas! —gritaron las Aguas—. Raven's Gill Brook no es una zanja. Casi es navegable, y nosotras venimos de allí.

Se deslizaron sólidas y compactas, hasta que la Rueda se estremeció bajo su peso.

—Raven's Gill Brook —dijo la Rata—. Nunca había oído hablar de él.

—Nosotras somos aguas de Harpenden Brook, al pie de Callton Rise. ¡Uf! ¡Cómo apesta el canal comparado con el país de los brezos.

Otros cinco pies de agua se lanzaron sobre la Rueda, y las Aguas se rompieron, rugieron, gorgotearon y desaparecieron.

—¿De veras? —dijo la Gata Gris—. Siento decirlo que Raven's Gill Brook está separado de este valle por una cordillera infranqueable, y que Callton Rise está a más de nueve millas de aquí. Pertenece enteramente a otro sistema.

—¡Ah, sí! —dijo la Rata, sonriendo—. Pero nosotros olvidamos que, para los jóvenes, el agua fluye siempre cuesta arriba.

—¡Desdichadas! ¡Desdichadas! ¡Desdichadas! —gritaron

las Aguas, descendiendo planas sobre la Rueda—. Entre este lugar y Raven's Gill Brook no hay nada que cien yardas de canalización y unos pocos pies cuadrados de hormigón no pudiesen salvar, ¡y lo han salvado!

—Y Harpenden Brook está al norte de Raven's Gill y se vierte en éste al pie de Callton Rise, donde están los grandes acebos, ¡y nosotras venimos de allí!

Eran las aguas claras y cristalinas de las altas tierras gredosas.

—Y los estanques de Batten, alimentados por manantiales, han sido desaguados a través del bosque de Trott, recogiendo el agua sobrante de la vieja fuente de las Brujas, al pie de Churt Haw, y nosotras, nosotras, ¡somos sus aguas combinadas!

Eran las aguas de las ciénagas y pantanos de las tierras altas, una corriente espesa y espumosa del color de la cerveza oscura.

—Todo eso es muy interesante —susurró la Gata a las resbaladizas aguas— y no tengo la menor duda de que los bosques de Trott y de Bott son lugares terriblemente importantes; pero si pudieseis hacer más juiciosamente vuestro trabajo, cuyo valor no discuto yo, al menos, os lo agradecería.

—*Book, book, book, book, book, ¡Domesday Book!* —La forzada Rueda crujía ahora a más y mejor—. En Burgelstaltone, un monje tiene ciento ochenta acres de tierra con ocho villanos del conde de Godwin. Hay una iglesia, y un monje... Recuerdo aquel monje. Que me aspen si podía hacer sonar las cuentas de su rosario más de prisa de lo que hago sonar yo ahora mis canjilones... Y madera para siete aserradoras. Debo estar corriendo a doce por minuto..., casi tan de prisa como si estuviese movida por vapor. ¡Maldito invento, el vapor...! Creo que ya es hora de ir a comer o a rezar, o a lo que sea. No puedo aguantar esta presión, día tras día, sin sentirla. No me importa por mí, desde luego. *Noblesse obli-*

ge. ¿sabéis? Sólo pienso en las Muelas de Arriba y de Abajo. Son de piedra corriente. No se puede esperar que...

—No te preocupes por nosotras —dijeron las Muelas con voz ronca—. Mientras tú suministres la fuerza, nosotras daremos el peso y trituraremos el grano.

—¿Pero no es un poco cruel haceros trabajar de esta manera? —gruñó la Rueda—. Creo recordar algo sobre los Molinos de Dios que trituran «lentamente». *Lentamente*, ¡ésta era la palabra!

—Pero nosotros no somos los Molinos de Dios. Sólo somos las Muelas de Arriba y de Abajo. No se nos ha ordenado ser otra cosa. Nos mueve una fuerza transmitida por ti.

—¡Ah! Pero la fuerza no debe impedirnos ser compasivas. Pensad en las bellas y pequeñas plantas que crecen en mi madera. Hay cinco variedades raras de musgo en menos de una yarda cuadrada, y todas estas delicadas joyas de la Naturaleza están siendo gravemente golpeadas por la excesiva corriente de agua.

—¡Hum! —gruñeron las Muelas—. Con tus escrúpulos religiosos y tu afición a la botánica, casi no te reconocemos como la Rueda que aplastó al hijo del carretero el otoño pasado. ¡Nunca te preocupaste por él!

—Hubiese debido tener más cuidado.

—También deberían tenerlo tus joyas de la Naturaleza. Diles que crezcan donde estén seguras.

—¡Cómo rebaja y pervierte la vida puramente mercantil! —dijo la Gata a la Rata.

—Y eran unas plantitas muy lindas —dijo la Rata, con ternura—. Culantrillos y escolopendras entretejiéndose sobre toda la pared, como hacen en los muros de las iglesias de los Downs. ¡Pensad cómo deben gozar al verlas los toscos campesinos que arrastran el heno!

—¡Caray! —dijeron las Muelas—. No hay nada como llegar al corazón de las cosas para obtener información.

Y volvieron a la canción que todos los molinos ingleses cantan desde tiempo inmemorial:

*Hubo una vez un jovial molinero
Que vivía en River Dee,
Cantaba una canción cuyo estribillo
Decía siempre así:*

Alguien echó más grano, que apagó las notas:

*Yo no cuido de nadie, no, señor
Y nadie cuida de mí.*

—Incluso esas piedras han absorbido algo de nuestro ambiente —dijo la Gata Gris—. Las nueve décimas partes de las desdichas de este mundo son causadas por falta de desprendimiento.

—Uno de los tuyos murió por olvidar esto, ¿no es verdad? —dijo la Rata.

—Sólo uno. Su ejemplo nos bastó por muchas generaciones.

—¡Ah! Pero ¿qué le ocurrió a No-me-importa? —preguntaron las Aguas.

—¡El hecho de aferrarse a una analogía casual es otra muestra de provincialismo! —La Gata Gris levantó el bigotudo mentón—. Me voy a dormir. Con todas mis obligaciones sociales, tengo que aprovechar cualquier momento para descansar un poco. Pero como dice nuestra vieja amiga, *Noblesse oblige*... ¡Compadecedme! Tres funciones esta noche en el pueblo, ¡y un baile de corral al otro lado del valle!

—Supongo que no podrás echar un vistazo al desván a eso de las dos. Algunos de nuestros jóvenes van a divertirse con un nuevo baile de sacos..., pero sólo de la mejor harina —dijo la Rata Negra.

—Creo que oficialmente no debo patrocinar estas cosas, pero los jóvenes son jóvenes... A propósito, los humanos dejan estos días mi tazón de leche en el desván; confío en que tus pequeños lo respeten.

—Mi querida señora —dijo la Rata Negra, haciendo una reverencia—, esto es una ofensa. Me has herido en lo más vivo. ¡Después de tantos años!

—Hoy la gente está muy mezclada, no hay distinciones ni barreras, nada de eso, y nadie puede responder de sus mejores amigos. Yo, al menos, no lo intento. Mientras los míos se diviertan y conserven la voz y puedan hacer de las suyas en las fiestas del tejado, soy tan católica como esas aguas mezcladas de la presa.

—Nosotras no estamos mezcladas. Nos *hemos* mezclado. Ahora somos una —dijeron, enfurruñadas, las Aguas.

—¿Todavía farfullando? —dijo la Gata—. Pero lo mismo da; ahí está el Molinero, que viene a cerraros el paso..., y hay algo en Dinamarca que huele a podrido... Un poco más de cháchara en la presa, un poco más de ruido en el canal, unos chasquidos más sobre la rueda, y después...

—Descubrirán que no ha pasado nada —dijo la Rata Negra—. Las cosas viejas persisten y sobreviven y son reconocidas, y nuestra vieja amiga en primer lugar. A propósito —y se volvió hacia la Rueda—, creo que tenemos que felicitarte por el último honor que te han otorgado.

—Absolutamente merecido, aunque no hubiese trabajado con tanto ahínco durante toda su vida, como lo ha hecho, por el progreso de la gente del molino —dijo la Gata, que pertenecía a muchos comités de tejados y de tostaderos de lúpudo—. Doblemente merecido, diría yo, por la digna repulsa que ofrece su existencia a las ruidosas e impacientes exigencias de..., dee... algunas personas. ¿Qué forma han dado a este honor?

—Ha sido —dijo, modestamente, la Rueda— un juego de piñones moldeados a máquina.

—¡Piñones! ¡Oh, es maravilloso! —suspiró la Rata Negra—. Siempre que veo un murciélago, desearía tener alas.

—No es exactamente esa clase de piñones —dijo la Rueda—, sino un bello conjunto de ruedas dentadas de hierro. Absurdo, desde luego, pero satisfactorio. El señor Mangles y un heraldo suyo me lo impusieron personalmente..., en mi borde izquierdo, en el lado que no podéis ver desde el molino. No pensaba decir nada sobre ello, ni sobre las nuevas abrazaderas de acero alrededor de mi eje..., de un rojo brillante, ¿sabéis?, y para llevarlas en todas las ocasiones. Pero, sin falsa modestia, os aseguro que este reconocimiento me regocijó no poco.

—¡Algo muy satisfactorio! —dijo la Rata Negra—. Algún día tendré que robar una hora del crepúsculo para ver lo que le están haciendo a tu costado izquierdo.

—A propósito, ¿tienes alguna idea sobre la reciente actividad del señor Mangles? —preguntó la Gata Gris—. Parece estar construyendo unas casitas al otro lado del canal. No lo pregunto por simple curiosidad, puedes creerme.

—Interesa a nuestra Orden —dijo la Rata Negra, sencillamente pero con firmeza.

—Gracias —dijo la Rueda—. Veamos si puedo expresarlo adecuadamente. Nada como el sistema en los informes de todas clases. ¡Book! ¡Book! ¡Book! A un lado de la Rueda en dirección al municipio de Burgelstaltone, donde había hasta ahora una pocilga con tres cerdos, Mangles, un hombre libre, con cuatro villanos y dos carretas de dos mil ladrillos, tiene una nueva casita de cinco yardas y media, con el techo de hierro y el suelo de cemento. Entonces, ahora y siempre, cerveza en grandes tinajas. Y Felden, un extranjero, con tres villanos y una carreta muy grande, deposita sobre aquella un motor de hierro y latón y un pequeño molino de hierro de cuatro pies, y una ancha cinta de cuero. Y Mangles, el constructor, con dos villanos, construye el suelo para el dicho

motor y un suelo de ladrillos nuevos con alambres para el pequeño molino. También hay cálices llenos de hierro y de agua, en número de cincuenta y siete. El total está valorado en ciento setenta y cuatro libras... Siento no poder expresar-me con mayor claridad, pero vosotras mismas podéis verlo.

—Asombrosamente lúcido —dijo la Gata.

Estaba realmente admirada porque el lenguaje del Domesday Book no es quizá el medio más claro para describir una pequeña pero completa instalación de luz eléctrica que obtiene su fuerza de una rueda hidráulica mediante ruedas dentadas y engranajes.

—Vedlo vosotras mismas, vedlo vosotras mismas por lo que más queráis —dijeron las Aguas, espurriando y mondándose de risa.

—A fe mía —dijo furiosamente la Rata Negra—. Tal vez sea por mi culpa, pero no comprendo qué tienen que ver con esto esas curiosas entrometidas. Estamos hablando de un asunto que sólo afecta a nuestra Orden.

De pronto oyeron, como habían oído tantas veces con anterioridad, que el Molinero cerraba el agua. A los crujidos y al estruendo de las laboriosas muelas sucedió un espeso silencio puntuado por el ligero goteo de la rueda parada. Entonces, algún ave acuática sacudió sus alas sobre la presa al volar hacia su nido, y el chapuzón de una rata de agua sonó como si hubiese caído un leño en el agua.

—Todo ha terminado; siempre acaba a esta hora exacta. Escuchad: el Molinero se va a la cama... como de costumbre. No ha pasado nada —dijo la Gata.

Algo crujió en la casa donde había estado la pocilga, al encajarse dos trozos de metal con un chasquido sordo.

—¿Lo pongo en marcha? —gritó el Molinero.

—Sí —dijo una voz, desde la caseta de la dinamo.

—¡Un ser humano en la nueva casa de Mangles! —chilló la Rata.

—¿Y qué? —dijo la Gata Gris—. Aun suponiendo que esa choza de color de carne de gato del señor Mangles estuviese llena de seres humanos, ¿no ves tú misma que...?

Se oyó el fuerte golpe del agua al saltar sobre la Rueda con más furia que antes, un chirrido de engranajes y un rumor como el zumbido de una avispa, y después, la densa oscuridad del viejo molino fue disipada por un insoportable chorro de luz blanca. Pusiéronse de manifiesto todas las telarañas, todos los nudos y protuberancias de las vigas y del suelo, y las sombras de los grumos de tosco yeso de la pared se perfilaron como las sombras de los montes en las fotografías de la Luna.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Mirad! —susurraron las Aguas desbo-cadas—. Sí, vedlo vosotras mismas. No ha pasado nada. ¿No lo veis?

La Rata, sorprendida, se había caído de su viga y yacía medio aturdida en el suelo. La Gata, siguiendo su instinto, saltó casi hasta el techo y, planas las orejas y mostrando los dientes, se agazapó en un rincón, presta a luchar contra cualquier cosa horrible que pudiese atacarla. Pero no pasó nada. Durante largos y angustiosos minutos, no pasó nada en absoluto, y el rabo erizado recobró poco a poco su forma normal.

—Sea lo que fuere, se han pasado de la raya. Esto no puede continuar, ¿sabéis?

—Tú no sabes nada —dijeron las Aguas—. Adelante, vieja. Ahora puedes aprovechar toda nuestra fuerza. Esas nuevas abrazaderas de hierro pueden soportarlo todo. Venid, Raven's Gill, Harpenden, Callton Rise, estanques de Batten, fuente de las Brujas, ¡todas juntas! ¡Mostremos a esos caballeros cómo se trabaja!

—Pero..., pero... yo pensaba que era un adorno. Y ahora..., ahora... resulta que sólo representa más trabajo para mí.

—Exacto. Vas a fabricar luz equivalente a la de unas sesenta y ocho velas cuando sea necesario. Pero no la emplearán toda de una vez...

—¡Ay! Me lo había imaginado —dijo la Gata—. Ahora vendrá la reacción.

—¡Imposible! —La vieja Rueda se estremeció al girar—. Aluric no lo hizo nunca..., ni Azor, ni Reinbert. Ni siquiera William de Warrenne o el legado pontificio. No hay precedente de esto. Os digo que nunca se había hecho trabajar a una rueda de este modo.

—¡Espera un poco! Nosotras sentiremos este precedente a toda prisa. Aluric y Cía. están muertos. También lo está el legado pontificio. No sabes lo muertos que están; pero aquí estamos nosotras, las Aguas de los Cinco Sistemas Separados. Somos tan interesantes como el *Domesday Book*. ¿Te gustaría saber algo de los poseedores de tierras en Drot's Wood? Principalmente las tienen por derecho de ocupación.

Las burlonas Aguas saltaban las unas sobre las otras, riendo entre dientes y charlando descaradamente.

—En aquel municipio, Jenkins, calderero, amo de un perro (*unus canis*), tiene, por la gracia de Dios y su hábito de trabajar de firme, *unam hidam*, un gran campo de patatas. Simpático, ese Jenkins. Es amigo nuestro. Ahora bien, ¿quién diablos estaba al servicio de Jenkins...? En el municipio de Callton, hay un carbonero, *irreligiosissimus homo*, bastante libertino, pero que juega limpio. *Ibi est ecclesia. Non multum*. No una gran iglesia, *quia*, porque, *episcopus* el Vicario irritó a los no conformistas *tunc et post et modo* (entonces, ahora y siempre) hasta que construyeron una capilla congregacionista de piedra tallada revestida de ladrillos rojos, que no rendía (*defendebat se*) cuatro mil libras.

—Carboneros, vicarios, cismáticos y revestimientos de ladrillos rojos —gruñó la Rueda—. ¡Pero esto es pura blasfemia! ¿Qué aguas han soltado sobre mí?

—Las que vierten los canalones. ¡Uy, esta luz es para marear a cualquiera! —dijo la Gata, alisándose el pelo.

—Nosotras bajamos de las nubes o surgimos de los manantiales, como las aguas de todas partes. ¿Te sorprende? —cantaron las Aguas.

—Claro que no. Sé cuál es mi trabajo, aunque vosotras no sepáis cuál es el vuestro. Sólo me quejo de vuestra falta de respeto y de compostura. Carecéis del instinto de deferencia hacia los que son mejores que vosotros. Vuestra cruel parodia del Libro Sagrado (la Rueda se refería al *Domesday Book*) lo demuestra.

—¿Mejores que nosotras? —dijeron solemnemente las Aguas—. ¿Qué hay en todo este maldito canal que no haya bajado de las nubes o...?

—Ahorradme vuestra charla, por favor —interrumpió la Rueda—. Nunca lo comprenderíais. Es el tono, vuestro tono, lo que me molesta.

—Sí. Es vuestro tono —dijo la Rata Negra, levantándose trabajosamente.

—Si pensaras un poco más en el trabajo que tienes que hacer y un poco menos en tus preciosos sentimientos —replicaron las Aguas a la Rueda—, rendirías algo más a cambio de la fuerza que se gasta..., queremos decir que se malgasta conmigo.

—He pasado varios siglos adquiriendo trabajosamente los conocimientos que vosotras desafiáis con tanta ligereza —chirrió la Rueda.

—¡Desafiémosla! ¡Desafiémosla! —clamaron las pequeñas gotas saltando en el canal—. Mejor ahora que más tarde. ¡Duro con ella!

La masa de agua cayó sobre la Rueda y sacudió su firme estructura en sus soportes, mientras decía:

—Muy bien. Dinos qué supones que estás haciendo en este momento.

—Prescindiendo de la forma ofensiva de vuestra pregunta, responderé, sólo por cuestión de cortesía, que lo que estoy haciendo es triturar sustancias farináceas, cuyo último destino no puedo revelar sin quebrantar la confianza que en mí fue depositada.

—¡Tonterías! —dijeron las Aguas—. ¡Ya lo sabíamos! A la primera pregunta directa que le hacemos, manifiesta su ignorancia sobre su propio trabajo. Escucha, vieja. Gracias a nosotras, mueves ahora una máquina de cuya construcción no sabes nada, como no sabes que esta máquina puede, gracias a alambres cuyas ramificaciones desconoces por completo, debido a tu posición, suministrar una fuerza que nunca podrás comprender a localidades situadas más allá de los límites extremos de tu horizonte mental, con el fin de producir fenómenos que, ni en tus más locos sueños (si fueses capaz de soñar) podrías imaginar. ¿Está claro, o prefieres que te lo digamos en palabras de cuatro sílabas?

—Vuestras presunciones son deliciosamente rotundas, pero ¿puedo observar que una reserva honrada y culta (el querido y viejo abad de Wilton lo habría expresado mucho mejor que yo en su sonoro latín monástico) no implica necesariamente un vacío mental sobre todos los temas?

—¡Ay, el querido y viejo abad de Wilton! —dijo cariñosamente la Rata, como si se hubiese criado en su pecho—. Un tipo encantador..., erudito y caballero de los pies a la cabeza. ¡Una lástima!

—¡Oh, Sagradas Fuentes! —Ahora las Aguas hervían—. Parece empeñada en manifestar su ignorancia a canjilones triples. ¡Grita a los altos Cielos que está irremediabilmente más allá del orden común de las cosas! Invita a las corrientes de los Cinco Caudales a ser testigos de su suprema incompetencia, y entonces habla como si hubiese detrás de ella inauditas reservas de conocimiento que su modestia le impide revelar. Como blanda, circular y absolutamente sincera impostura, eres un milagro, ¡oh, Rueda!

—Sólo pretendo ser parte integrante de una institución aceptada y no del todo efímera.

—Muy bien —dijeron las Aguas—. Entonces, gira, gira de prisa.

—¿Hasta cuándo? —preguntó la Rueda.

—Hasta que una caja con varios recipientes empiece a silbar y a echar humo..., o mejor dicho, gases.

—Lo presiento —dijo la Gata, husmeando.

—Esto demostrará que tus acumuladores están llenos. Cuando se agoten y las luces empiecen a arder mal, te atizaremos para que vuelvas a dar más y más vueltas.

—El objetivo de la vida, según lo decretado por Mangles y sus criaturas, es dar vueltas para siempre —dijo la Gata.

—Con el fin —dijo la Rata— de que puedas arrojar una luz cruda e innecesaria sobre todas las cosas desagradables del mundo. Unas cosas desagradables que... nos acompañarán siempre. Al mismo tiempo, desdeñaréis ruidosamente las llamadas pequeñas pero vitales cosas buenas que constituyen la Vida.

—Sí, la Vida —dijo la Gata—, con sus pálidos y deliciosos medios tonos y sus distancias veladas e indefinidas. Sus sorpresas, sus escapadas, sus encuentros y sus vertiginosos saltos..., sus coros a plena voz en honor de la estrella de la mañana y sus pálidos sueños al pie de la pared caldeada por el sol.

—¡Oh! Puedes subirme a los tejados, Minina, como de costumbre —dijeron, riendo, las Aguas—. Nosotras no te lo impediremos.

—¡A los tejados, claro! —silbó la Gata.

—Bueno, eso es tan bueno como otra cosa cualquiera —dijeron las Aguas—. Nosotras vemos muchas cositas buenas de la vida cuando bajamos a hacer nuestro trabajo.

—Y..., aunque temo que haréis oídos sordos..., ¿no os impresionan? —preguntó la Rueda.

—Muchísimo —dijeron las Aguas—. Hemos aprendido ya seis lindos sinónimos del verbo haraganear.

—Pero (y temo una vez más que esto será como predicar en el desierto) ¿no se os ocurrió nunca pensar que puede existir alguna pequeña diferencia entre la rumia totalmente animal de las mentes bovinas y la razonable y bien dosificada holganza de un tipo de intelecto más refinado?

—¡Oh, sí! La mente bovina se echa a dormir junto a un seto y no hace el menor caso cuando empiezan a gritarle. Hemos visto eso, en el tiempo de la siega del heno, a lo largo de todos los prados. El tipo más refinado está lo bastante despierto para buscar una excusa a su pereza y es lo bastante ruin para encrespase si la excusa no es aceptada. ¡Sigue girando!

—Pero, mis buenas amigas, ninguna persona distinguida se encrespa, como decís vosotras. Cierta amor propio, por no emplear palabras más altisonantes, prohíbe...

—No prohíbe nada que se quiera hacer, si quiere hacerse realmente. ¡Adelante! No nos vengas con cuentos. ¿Te imaginas que hemos recorrido la mitad del cielo en las nubes y la mitad de la tierra en la niebla para dejarnos engatusar a esta hora del día por un haragán y viejo molinillo de tu especie?

—No estoy hecha para discutir y ponerme a vuestra altura. Sólo puedo decir que me niego sencillamente a aceptar esta situación.

—Niégate cuanto quieras. Nada conseguirás. Probablemente pondrán una turbina en tu lugar si te muestras tan reacia.

—¿Qué es una turbina? —dijo en seguida la Rueda.

—Una cosita que no ves, pero que hace una cantidad sorprendente de revoluciones. Pero no te negarás. Seguirás aferrada a tu eje, con sus lindas y nuevas abrazaderas rojas, y a tus nuevos piñones moldeados a máquina, como..., ¡como

una sanguijuela al tallo de un lirio! Hay aún siglos de trabajo en tus viejos huesos, sólo con que quieras esforzarte; y, mecánicamente, una rueda hidráulica con un caudal de agua como el nuestro es casi tan eficaz como una turbina.

—Entonces, ¿tengo que ser considerada mecánicamente, de ahora en adelante? Al menos cinco miembros de la Real Academia me han pintado.

—¡Oh! Podrían pintarte quinientos de ellos cuando no trabajas. Pero cuando trabajas, sólo has de estar por tu labor. No puedes demorarte y pensar y hablar de plantas raras y de pajaritos y de intereses fiduciarios farináceos. Tienes que seguir dando vueltas, y este caudal de agua cuidará de que lo hagas.

—La cuestión es no ser lo bastante imprudente para tomar decisiones apresuradas o prematuras. Reflexionaré cuidadosamente sobre esto —dijo la Rueda.

—Hazlo, por favor —dijeron gravemente las Aguas—. ¡Vaya! Aquí está el nuevo Molinero.

La Gata se enroscó en pintoresca actitud sobre el borde más blando de un saco, y la Rata, sin darse prisa, pero sin perder tiempo, se deslizó detrás de los sacos como si acabase de acordarse de que tenía una cita.

El Molinero se plantó en la puerta, con el joven Ingeniero, y sonrió asombrado.

—Bien..., bien..., ¡bien! Es realmente magnífico. ¡Pero cuánta suciedad! Ahora, al mirar esas luces, pienso que nunca había visto de veras mi molino. Necesita mucha limpieza.

—¡Ah! Supongo que una tiene que hacerse un poco simpática a los patanes. Pueden ser útiles. Ese controla la lechería —murmuró la Gata, y, caminando de puntillas, se acercó al Molinero para frotar la cabeza contra su rodilla.

—¡Ay, linda gatita! —dijo el hombre, agachándose—. Eres tan tramposa como todos los de tu ralea, que no cazan un solo ratón. Una tramposa de piel suave y lengua áspera, eso es lo que eres. Me dan intenciones de...

—Hace bien su trabajo —dijo el Ingeniero, señalando el lugar donde los ojillos como abalorios de la Rata brillaban entre los sacos—. Los gatos y las ratas viviendo en santa compañía..., ¿lo ves?

—Así viven... y así han vivido demasiado tiempo. Estoy harto y asqueado de esto. Ve a tomar un baño, gatita, y aprende a ganarte honradamente el sustento cuando salgas.

—¡Dios mío! —dijo el Agua, al caer la Gata, despatarrada y sin previo aviso, en el centro del canal—. ¿Eres tú, Miusalina? Parece que te has peleado con tu mejor amigo. Ve hacia la izquierda. Allí el canal es menos profundo. Sube a cuatro patas por la raíz de aquel aliso. ¡Buenas noches!

—Nunca pillarás a una de esas ratas —dijo el Molinero, mientras el joven Ingeniero golpeaba furiosamente los sacos con su bastón—. No son ratas corrientes. Son de la antigua raza negra inglesa.

—¿De veras? Tengo que coger una algún día, para disecarla.

Seis meses después, una fría tarde de enero, soltaron el Agua como de costumbre.

—¡Vamos! Hoy esto funciona a marcha acelerada —dijo la Rueda, recibiendo alegremente el primer chorro de la helada corriente—. Acaba de llegar a Lamber's Wood una pesada carga de grano. Nuestra nueva carreta a motor la ha traído desde una distancia de once millas en una hora y media, y el Molinero ha instalado cinco luces nuevas en su establo. Hoy tengo que alimentarlas. Hay una vaca que está a punto de parir. Y ahora que pienso en ello, ¿qué noticias hay de Callton Rise?

—El agua está a su nivel acostumbrado..., ¿pero por qué lo preguntas? —dijeron las Aguas profundas y saltarinas.

—Porque Mangles y Felden y el Molinero están hablando

de mejorar la instalación y hacer funcionar un aserradero con electricidad. Me preguntaba si vosotras...

—Perdón —dijeron las Aguas, riendo entre dientes—. ¿Qué has dicho?

—Que me preguntaba si tendríamos fuerza suficiente para el trabajo. Será una tarea muy importante. Habrá que contar con Harpenden Brook y también con los estanques de Batten, la fuente de las Brujas y el sistema de Churt Haw.

—Tenemos fuerza bastante para cualquier cosa —dijeron las Aguas—. La única cuestión es si tú podrás resistir el empuje si caemos de golpe sobre ti.

—Claro que podré —dijo la Rueda—. Mangles va a convertirme en un juego de turbinas, guapas.

—¡Oh...! Supongamos que la helada ha enturbiado un poco nuestras cabezas; pero ¿con quién estamos hablando? —preguntaron las Aguas, sorprendidas.

—Con el Espíritu del Molino, naturalmente.

—Entonces, ¿no es con la vieja Rueda?

—Da la casualidad de que ahora vivo en la vieja Rueda. Cuando se hayan instalado las turbinas, iré a vivir en ellas. ¿Qué le importa esto al mundo?

—Nada absolutamente —dijeron las Aguas—, ni al mundo ni al agua que discurre en su seno. Pero pensábamos que las turbinas no te gustaban.

—¿Que no me gustan las turbinas? Mis queridas amigas, las turbinas producen mil quinientas revoluciones por minuto, y, con vuestra fuerza, podremos hacerlas funcionar a toda velocidad. ¡No habrá nada que no podamos moler o aserrar o iluminar o calentar con un juego de turbinas! Es decir, si las Cinco Corrientes estáis de acuerdo.

—¡Oh, hace tanto tiempo que lo estamos!

—Entonces ¿por qué no me lo decíais?

—No lo sabemos. Debimos olvidarnos.

Las Aguas se contenían, por miedo de estallar a carcajadas.

—¡Qué descuidadas sois! Deberíais estar a la altura de los tiempos, mis queridas amigas. Si hubieseis hablado, habríamos resuelto esto hace tiempo. Sí, cuatro buenas turbinas y una linda canalización de ladrillos, ¿eh? Esta vieja Rueda es absurdamente anticuada.

—Bueno —dijo la Gata, que, después de un breve y ofensivo retraimiento, había vuelto a su sitio, impenitente como siempre—. ¡Alabados sean Pasht y los Antiguos Dioses! Por mucho que haya pasado, yo, al menos, ¡he protegido al Espíritu del Molino!

Miró a su alrededor, como esperando a su fiel aliada, la Rata Negra; pero aquella misma semana el Ingeniero la había pillado y disecado, y colocado en una caja de cristal, porque era una auténtica rata negra inglesa. Y esta raza, según dicen los informes, está desapareciendo rápidamente a causa de las incursiones de la variedad parda.

La señora Bathurst (1904)

El día que elegí para visitar el HMS *Peridot* en Simon's Bay fue el mismo que había elegido el almirante para enviar el barco costa arriba. Este acababa de zarpar cuando llegó mi tren, y, como el resto de la fuerza naval estaba proveyéndose de carbón u estaba ocupada en los campos de tiro situados a mil pies monte arriba, me encontré perdido a la orilla del mar, sin haber almorzado y sin la menor esperanza de regresar a Ciudad del Cabo antes de las cinco de la tarde. En aquel momento crítico tuve la suerte de tropezarme con mi amigo el inspector Hooper, de los Ferrocarriles del Gobierno, al mando de una máquina y de un furgón marcados para ser reparados.

—Si consigues algo de comer —me dijo—, te llevaré al apartadero de Glengariff hasta que lleguen los géneros. Allí hace más fresco que aquí, ¿sabes?

Compré comida y bebida a los griegos que lo venden todo a precio único, y la máquina nos llevó un par de millas línea arriba, hasta una bahía donde había mucha arena acumulada por el viento y una plataforma giratoria medio enterrada en